

Este cuaderno de *collages* para el lector atento de Carmen Martín Gaité, está continuamente tramando hilos. Los hilos procedentes de los carretes del pasado (desde aquella tarde de 1974 en la que vio en casa de Nacho Vara un cuadro de Hopper) se enhebran con los de los proyectos futuros a través del vértigo de imágenes del presente, y el engarce entre unos y otros es un modo de diálogo consigo misma. El hilo es siempre la historia de un encuentro. Sirva de ejemplo la compra de *Una habitación propia*, que prefigura ese diálogo con Virginia Woolf, con el que abrirá *Desde la ventana*, y que nos retrotrae a su vez a aquel verano del 78, en el despacho de su padre de El Boalo, en el que traduce *Al faro*. Al mismo tiempo, asistimos a la prefiguración de «Todo es un cuento roto en Nueva York» (el poema de 1983 sobre la historia de una mujer inconcreta que termina refugiándose en un

cuadro del Museo Whitney) y a la del personaje Gloria Star (la abuela de Sara Allen en *Caperucita en Manhattan*) a través del descenso de la narradora al recuerdo de un estribillo de su infancia que cantaba una tal Merceditas Llofriú, en una compañía de teatro infantil que pasaba por Salamanca: «Soñé que era una artista singular/ que estaba trabajando en Nueva York/ soñé que me aplaudían sin cesar/ con Mickey, con la Betty y con Charlot».

En *Visión de Nueva York* el punto de vista dominante del espectador se combina al unísono con su memoria episódica para sacar a flote un material fragmentario y en continua mudanza al que cuadran mal las nociones de principio y final, aunque en el caso de Carmen Martín Gaité las obras inacabadas son a veces las más acabadas.

**José Teruel**

## América en los libros

**Lector impenitente.** *Juan Gustavo Cobo Borda.* México, FCE. 2004.

El cuento, el poema, la novela, esos distintos rostros que puede asumir la literatura son «partituras redactadas para que bordemos arpegios sobre sus composiciones», señala Juan Gustavo Cobo Borda en el prólogo de este libro para definir por medio de una imagen musical la tarea de imaginación y reflexión que cumple el ensayista cuando se decide a añadir sus opiniones a esa vasta gama de interpretaciones que suscita el encuentro con todo gran libro.

La lectura es una aventura circular, un trabajo de Sísifo que nunca concluye y en el que sin embargo «lo que está codificado, la letra de la ley impresa que se decreta inmodificable, puede comenzar a cuestionarse, a disolverse a medida que las diversas entonaciones de los múltiples lectores ponen en duda ese cuerpo sólido y lo sumergen en el mar musical de las diversas voces». No ha de extrañarnos, por tanto, que este libro, que reúne una antología de los ensayos más esclarecedores de Juan Gustavo Cobo Borda, se

denomine *Lector impenitente*, pues desarrollar a través de la lectura esa tarea de imaginación y reflexión que acaba por forjar una tupida red de enlaces es el obstinado oficio que el poeta y ensayista colombiano ha desarrollado a lo largo de ya casi cuatro décadas de incesante labor literaria.

En estas páginas, nacidas del diálogo y la pesquisa, el ensayista colombiano parte de textos fundadores de nuestras letras, como el *Sumario* de Gonzalo Fernández de Oviedo o *El carnero* de Juan Rodríguez Freyle para pasar revista nuevamente a algunos de los principales hitos de las letras iberoamericanas que han sido fuente constante de su reflexión: la indestructible *María* de Jorge Isaacs, el modernismo y los múltiples Daríos, la poesía ideográfica de José Juan Tablada, los numerosos intentos que desde la vanguardia ha realizado la tribu de los poetas por atrapar la quimérica tortuga de la poesía, el inabarcable Borges, los muchos libros reunidos en esa novela de la memoria que es *Vivir para contarla* de García Márquez, el murmullo inagotable de Juan Rulfo, la batalla verbal de Vargas

Llosa, los parajes que divisa en su delirio el Gaviero de Álvaro Mutis, la mirada implacable y reveladora de Machado de Assis, la violenta marginalidad de la prosa de Rubén Fonseca, etc.

Pero su rastreo no se limita al territorio de la ficción, sino que además realiza una ronda por las principales voces de la crítica hispanoamericana para mostrar sus filiaciones, sus búsquedas, sus obsesiones, sus fundamentales aportes: los amplios horizontes interdisciplinarios de Noé Jitrik, los encuentros y desencuentros de Ángel Rama con el *boom*, la revisión de lo canónico que realiza José Miguel Oviedo, la travesía innovadora por nuestras letras de Julio Ortega y hasta un revelador diálogo de ultratumba con Emir Rodríguez Monegal conforman este «palimpsesto de infinitas reescrituras» que no cesa de expandirse y que Cobo Borda nos invita a recorrer con la atenta y atónita mirada del que explora un mapamundi inabarcable.

### Samuel Serrano

**Gabriela Mistral, o Retrato de una peregrina**, Sergio Macías Brevis, Madrid, *Tabla Rasa*, 2005, 195 pp.

Hay escritores como Wilde que deben su posteridad a lo que logra-

ron que se dijera de ellos, más que a sus escritos. Los mitos son creaciones de los pueblos, producto de sus circunstancias históricas, reflejo de sus tabúes, pero también proyección de sus sueños y aspiraciones. Por desgracia la leyenda que envuelve a ciertos autores suele ser un obstáculo para el acercamiento a su obra. Es lo que nos sugiere la reciente biografía de Gabriela Mistral, escrita por su compatriota Sergio Macías. El retrato que nos ofrece de esta mujer, única en nuestra órbita hispánica, distinguida con el máximo galardón de las letras, el Premio Nobel que le fue otorgado hace sesenta años, traza los rasgos de su personalidad, como en un claroscuro que desentraña su más profunda humanidad. Síntesis del mestizaje, autora de libros memorables como *Desolación*, *Tala* o *Lagar*, no es sólo la expresión del más auténtico americanismo, heredado los padres fundadores del continente, como José Martí, sino de la mejor tradición poética que hunde sus raíces en la Biblia, pasando por las canciones de cuna y rastreando la poesía española, provenzal o italiana de la que se nutren sus versos. Maestra por vocación, madre frustrada, esta poeta excepcional que alzó su voz a favor de los derechos de la mujer y de los más humildes, es en la actualidad casi una desconocida. Como ocurre con las personalidades

potentes e intensas, su asombroso talento despertaba envidias, su verticalidad ofendía, aunque su generosidad llegaba al corazón.

Macías, poeta como ella, ha sabido desvelarnos aspectos ocultos, o acaso ocultados, de esta extraordinaria mujer que fue calumniada y tergiversada por muchos de sus compatriotas, quienes pusieron en duda su conducta y especularon sobre su orientación sexual, o sobre su supuesta ambigüedad política. Asimismo da cuenta de su estancia en España y de su relación con la intelectualidad republicana; de las posibles intrigas de Neruda que coincide con ella en Madrid y deseaba su cargo diplomático en la ciudad; de sus diferencias con Miguel de Unamuno a quien admiraba, pese a las opiniones de éste sobre los indígenas americanos, considerados en algún momento causa del atraso del continente. Puntos que se tocan con gran delicadeza y rigor, sólo con el ánimo de ofrecer un balance del legado de Gabriela Mistral, y dejar clara la repercusión de su obra en muchos poetas españoles, en particular, y en la poesía en lengua española, en general, así como su inestimable labor educadora en el ámbito continental y su papel en favor de los desposeídos de Hispanoamérica. Con su talento, esfuerzo y superioridad moral,

esta singular mujer nos ofrece una lección de vida digna de recordarse y tal vez la mejor forma sea acercándonos a sus versos, atendiendo a la invitación que nos hace Sergio Macías.

**Microquijotes**, selección de Juan Armando Epple, Sant Adrià de Besòs, 2005, 83 pp + 3

El *Quijote* ha sido objeto de diversas interpretaciones allende los mares desde que iniciara su andadura en 1605; tanto es así que ese mismo año llegó al puerto de Cartagena de Indias, en la Nueva Granada, un cargamento de libros que incluía un número notable de ejemplares de la primera edición. Dos años más tarde, en la remota población de Pausa, en el virreinato del Perú, los indígenas ya representaban en comparsas a los distintos personajes de la obra, en las fiestas que se organizaron para celebrar el nombramiento del nuevo virrey. De esta forma, el Nuevo Mundo se apropiaba de una obra a la que ha querido unir su destino, convirtiéndola en libro de cabecera y base argumental de sus utopías. Como afirma el también microcuentista chileno Juan Armando Epple (Osorno, 1946), autor y parte de esta selección,